

—¿Quién será?  
—Algún cazador extraviado... Y de nuevo se oyen palabras no comprendidas.  
—Abriré—dice la madre, desechando el enmohecido cerrojo.

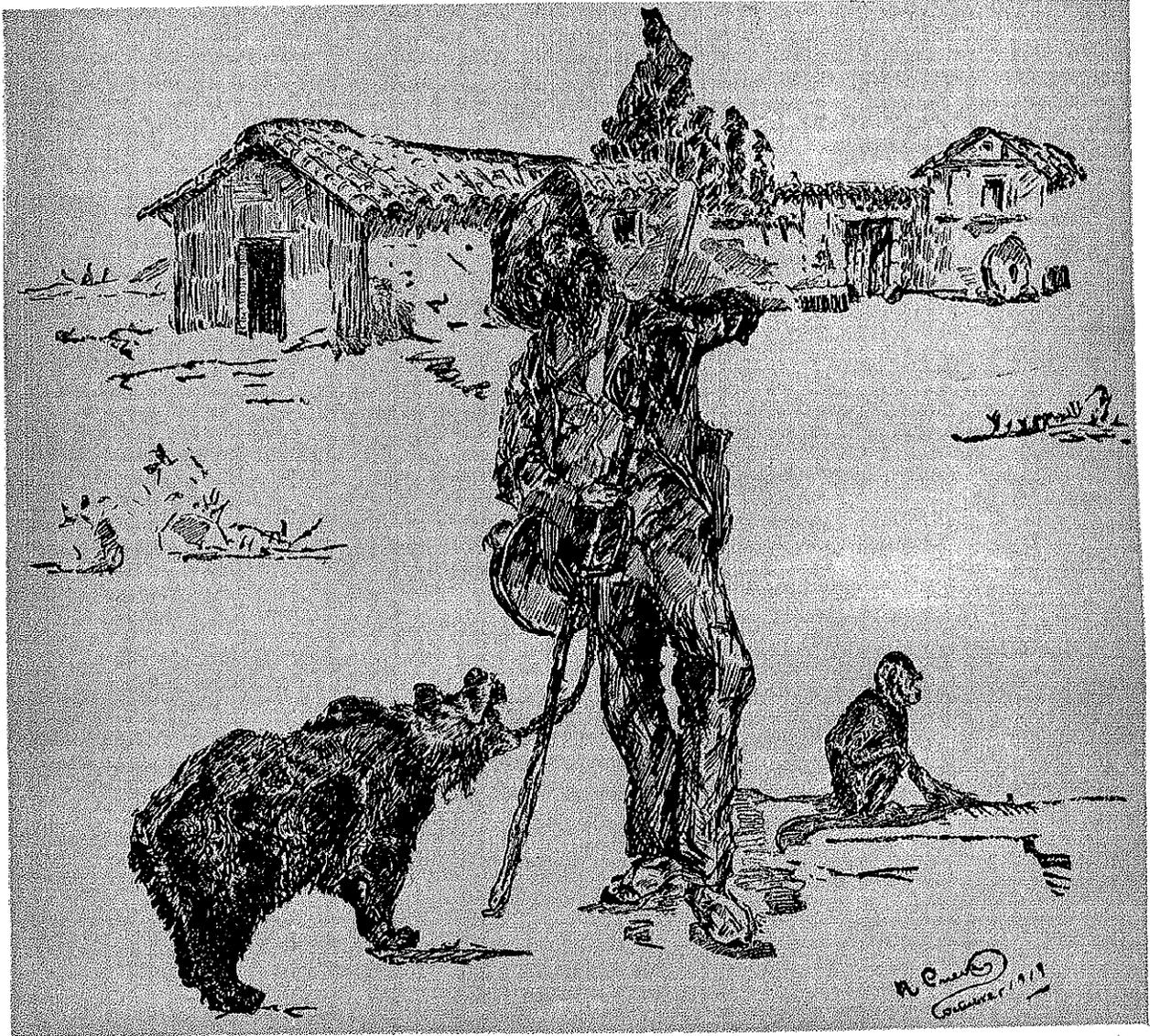
La puerta se abre y en el dintel aparece una figura extraña.

Negro es su rostro; endrina su larga barba y desmadejada; sucia y polvorienta su indumentaria andrajosa; brillantes como carbunclos sus ojos; fija y penetrante su

Y la casera comprendiendo la demanda del pobre diablo alojado aquella noche en un destartalado camaranchón, cobijo de ratones y telarañas. Un pan moreno y una cantarilla de agua le mitigaron la necesidad.

Y durmieron. El viajero en un montón de paja, *Dhji* el oso montañés y *Toni*, el húbrico chimpancé en una cuadra baja.

Madre é hija en la alcoba anchurosa; una soñando con su pronta felicidad al lado de Gabriel, su prome-



mirada innoble, de fauno... A su lado, dos extraños y exóticos animales.

El viajero se quita el negro sombrero conico, mugriento y saluda en un desconocido lenguaje gutural con mezcla de palabras castellanas.

—¿Qué quiere, hermano? dice la vieja mujer.

—Tarde... tarde... comer nunca... Hambre... sueño.

—¿Quiere comer?

El viajero asiente.

—¿Y dormir?

Nuevo gesto afirmativo del recién llegado.

tido, pasmo de valientes y partido codiciado por todas las mozas del contorno; la otra soñando con hacer la felicidad de su hija.

Floreció el nuevo día. Por oriente, el sol era como medio sello de lacre sobre el cielo cromático, tras el violeta de la sierra.

El viajero seguía durmiendo sobre el gran montón de paja, en el destartalado camaranchón. *Dhji* y el chimpancé ya arañaban con sus patas la puerta de la cuadra pugnando por salir.